*José de Espronceda*

SOLEDAD DEL ALMA

Mi alma yace en soledad profunda árida, ardiente, en inquietud continua, cual la abrasada arena del desierto que el seco viento de la Libia agita.

Eterno sol sus encendidas llamas doquier sin sombra fatigada vibra;

y aire de fuego en el quemado yermo bebe mi pecho y con afán respira.

Cual si compuesto de inflamadas ascuas, mi corazón hirviéndome palpita,

y mi sangre agolpada por mis venas

con seco ardor calenturienta gira.

En vano busco la floresta umbrosa

o el manantial del agua cristalina;

el bosque umbrío, la apacible fuente lejos de mí, burlando mi fatiga,

huyen y aumentan mi fatal tormento falaces presentándose a mi vista.

¡Triste de mí!, de regalada sombra,

de dulce agua, de templada brisa,

en fértil campo de verdura y flores

con grata calma disfruté yo un día;

cual abre el cáliz de fragancia lleno cándida rosa en la estación florida, fresco rocío regaló mi alma

abierta a la esperanza y las delicias. -

[EL MENDIGO](http://www.poemas-del-alma.com/jose-de-espronceda-el-mendigo.htm)

Mío es el mundo: como el aire libre,

otros trabajan porque coma yo;

todos se ablandan si doliente pido

una limosna por amor de Dios.

El palacio, la cabaña

son mi asilo,

si del ábrego el furor

troncha el roble en la montaña,

o que inunda la campaña

El torrente asolador.

Y a la hoguera

me hacen lado

los pastores

con amor.

Y sin pena

y descuidado

de su cena

ceno yo,

o en la rica

chimenea,

que recrea

con su olor,

me regalo

codicioso

del banquete

suntüoso

con las sobras

de un señor.

Y me digo: el viento brama,

caiga furioso turbión;

que al son que cruje de la seca leña,

libre me duermo sin rencor ni amor.

Mío es el mundo como el aire libre...

Todos son mis bienhechores,

y por todos

a Dios ruego con fervor;

de villanos y señores

yo recibo los favores

sin estima y sin amor.

Ni pregunto

quiénes sean,

ni me obligo

a agradecer;

que mis rezos

si desean,

dar limosna

es un deber.

Y es pecado

la riqueza:

la pobreza

santidad:

Dios a veces

es mendigo,

y al avaro

da castigo,

que le niegue

caridad.

Yo soy pobre y se lastiman

todos al verme plañir,

sin ver son mías sus riquezas todas,

qué mina inagotable es el pedir.

Mío es el mundo: como el aire libre...

Mal revuelto y andrajoso,

entre harapos

del lujo sátira soy,

y con mi aspecto asqueroso

me vengo del poderoso,

y a donde va, tras él voy.

Y a la hermosa

que respira

cien perfumes,

gala, amor,

la persigo

hasta que mira,

y me gozo

cuando aspira

mi punzante

mal olor.

Y las fiestas

y el contento

con mi acento

turbo yo,

y en la bulla

y la alegría

interrumpen

la armonía

mis harapos

y mi voz:

Mostrando cuán cerca habitan

el gozo y el padecer,

que no hay placer sin lágrimas, ni pena

que no traspire en medio del placer.

Mío es el mundo; como el aire libre...

Y para mí no hay mañana,

ni hay ayer;

olvido el bien como el mal,

nada me aflige ni afana;

me es igual para mañana

un palacio, un hospital.

Vivo ajeno

de memorias,

de cuidados

libre estoy;

busquen otros

oro y glorias,

yo no pienso

sino en hoy.

Y do quiera

vayan leyes,

quiten reyes,

reyes den;

yo soy pobre,

y al mendigo,

por el miedo

del castigo,

todos hacen

siempre bien.

Y un asilo donde quiera

y un lecho en el hospital

siempre hallaré, y un hoyo donde caiga

mi cuerpo miserable al espirar.

Mío es el mundo: como el aire libre,

otros trabajan porque coma yo;

todos se ablandan, si doliente pido

una limosna por amor de Dios.

[EL VERDUGO](http://www.poemas-del-alma.com/jose-de-espronceda-el-verdugo.htm)

De los hombres lanzado al desprecio,

de su crimen la víctima fui,

y se evitan de odiarse a sí mismos,

fulminando sus odios en mí.

Y su rencor

al poner en mi mano, me hicieron

su vengador;

y se dijeron

«Que nuestra vergüenza común caiga en él;

se marque en su frente nuestra maldición;

su pan amasado con sangre y con hiel,

su escudo con armas de eterno baldón

sean la herencia

que legue al hijo,

el que maldijo

la sociedad.»

¡Y de mí huyeron,

de sus culpas el manto me echaron,

y mi llanto y mi voz escucharon

sin piedad!

Al que a muerte condena le ensalzan...

¿Quién al hombre del hombre hizo juez?

¿Que no es hombre ni siente el verdugo

imaginan los hombres tal vez?

¡Y ellos no ven

Que yo soy de la imagen divina

copia también!

Y cual dañina

fiera a que arrojan un triste animal

que ya entre sus dientes se siente crujir,

así a mí, instrumento del genio del mal,

me arrojan el hombre que traen a morir.

Y ellos son justos,

yo soy maldito;

yo sin delito

soy criminal:

mirad al hombre

que me paga una muerte; el dinero

me echa al suelo con rostro altanero,

¡a mí, su igual!

El tormento que quiebra los huesos

y del reo el histérico ¡ay!,

y el crujir de los nervios rompidos

bajo el golpe del hacha que cae,

son mi placer.

Y al rumor que en las piedras rodando

hace, al caer,

del triste saltando

la hirviente cabeza de sangre en un mar,

allí entre el bullicio del pueblo feroz

mi frente serena contemplan brillar,

tremenda, radiante con júbilo atroz

que de los hombres

en mí respira

toda la ira,

todo el rencor:

que a mí pasaron

la crueldad de sus almas impía,

y al cumplir su venganza y la mía

gozo en mi horror.

Ya más alto que el grande que altivo

con sus plantas hollara la ley

al verdugo los pueblos miraron,

y mecido en los hombros de un rey:

y en él se hartó,

embriagado de gozo aquel día

cuando espiró;

y su alegría

su esposa y sus hijos pudieron notar,

que en vez de la densa tiniebla de horror,

miraron la risa su labio amargar,

lanzando sus ojos fatal resplandor.

Que el verdugo

con su encono

sobre el trono

se asentó:

y aquel pueblo

que tan alto le alzara bramando,

otro rey de venganzas, temblando,

en él miró.

En mí vive la historia del mundo

que el destino con sangre escribió,

y en sus páginas rojas Dios mismo

mi figura imponente grabó.

La eternidad

ha tragado cien siglos y ciento,

y la maldad

su monumento

en mí todavía contempla existir;

y en vano es que el hombre do brota la luz

con viento de orgullo pretenda subir:

¡preside el verdugo los siglos aún!

Y cada gota

que me ensangrienta,

del hombre ostenta

un crimen más.

Y yo aún existo,

fiel recuerdo de edades pasadas,

a quien siguen cien sombras airadas

siempre detrás.

¡Oh! ¿por qué te ha engendrado el verdugo,

tú, hijo mío, tan puro y gentil?

En tu boca la gracia de un ángel

presta gracia a tu risa infantil.

!Ay!, tu candor,

tu inocencia, tu dulce hermosura

me inspira horror.

¡Oh!, ¿tu ternura,

mujer, a qué gastas con ese infeliz?

¡Oh!, muéstrate madre piadosa con él;

ahógale y piensa será así feliz.

¿Qué importa que el mundo te llame cruel?

¿mi vil oficio

querrás que siga,

que te maldiga

tal vez querrás?

¡Piensa que un día

al que hoy miras jugar inocente,

maldecido cual yo y delincuente

también verás!

 [CANCIÓN DEL PIRATA](http://www.poemas-del-alma.com/jose-de-espronceda-cancion-del-pirata.htm)

Con diez cañones por banda,

viento en popa a toda vela,

no corta el mar, sino vuela

un velero bergantín;

bajel pirata que llaman,

por su bravura, el Temido,

en todo mar conocido

del uno al otro confín.

La luna en el mar riela,

en la lona gime el viento

y alza en blando movimiento

olas de plata y azul;

y va el capitán pirata,

cantando alegre en la popa,

Asia a un lado, al otro Europa,

y allá a su frente Estambul;

—«Navega velero mío,

sin temor,

que ni enemigo navío,

ni tormenta, ni bonanza,

tu rumbo a torcer alcanza,

ni a sujetar tu valor.

»Veinte presas

hemos hecho

a despecho,

del inglés,

»y han rendido

sus pendones

cien naciones

a mis pies.

»Que es mi barco mi tesoro,

que es mi dios la libertad,

mi ley, la fuerza y el viento,

mi única patria la mar.

»Allá muevan feroz guerra

ciegos reyes

por un palmo más de tierra,

que yo tengo aquí por mío

cuanto abarca el mar bravío,

a quien nadie impuso leyes.

»Y no hay playa

sea cualquiera,

ni bandera

de esplendor,

»que no sienta

mi derecho

y dé pecho

a mi valor.

»Que es mi barco mi tesoro,

que es mi dios la libertad,

mi ley, la fuerza y el viento,

mi única patria la mar.

»A la voz de ¡barco viene!

es de ver

cómo vira y se previene

a todo trapo a escapar:

que yo soy el rey del mar,

y mi furia es de temer.

»En las presas

yo divido

lo cogido

por igual:

»sólo quiero

por riqueza

la belleza

sin rival.

»Que es mi barco mi tesoro,

que es mi dios la libertad,

mi ley, la fuerza y el viento,

mi única patria la mar.

»¡Sentenciado estoy a muerte!;

yo me río;

no me abandone la suerte,

y al mismo que me condena,

colgaré de alguna entena

quizá en su propio navío.

»Y si caigo

¿qué es la vida?

Por perdida

ya la di,

»cuando el yugo

de un esclavo

como un bravo

sacudí.

»Que es mi barco mi tesoro,

que es mi dios la libertad,

mi ley, la fuerza y el viento,

mi única patria la mar.

»Son mi música mejor

aquilones

el estrépito y temblor

de los cables sacudidos,

del negro mar los bramidos

y el rugir de mis cañones.

»Y del trueno

al son violento,

y del viento

al rebramar,

»yo me duermo

sosegado

arrullado

por el mar.

»Que es mi barco mi tesoro,

que es mi dios la libertad,

mi ley, la fuerza y el viento,

mi única patria la mar».

 *Gustavo Adolfo Bécquer*

AMOR ETERNO

Podrá nublarse el sol eternamente;

Podrá secarse en un instante el mar;

Podrá romperse el eje de la tierra

Como un débil cristal.

¡todo sucederá! Podrá la muerte

Cubrirme con su fúnebre crespón;

Pero jamás en mí podrá apagarse

La llama de tu amor.

 RIMA V

Espíritu sin nombre,

indefinible esencia,

yo vivo con la vida

sin formas de la idea.

Yo nado en el vacío,

del sol tiemblo en la hoguera,

palpito entre las sombras

y floto con las nieblas.

Yo soy el fleco de oro

de la lejana estrella,

yo soy de la alta luna

la luz tibia y serena.

Yo soy la ardiente nube

que en el ocaso ondea,

yo soy del astro errante

la luminosa estela.

Yo soy nieve en las cumbres,

soy fuego en las arenas,

azul onda en los mares

y espuma en las riberas.

En el laúd, soy nota,

perfume en la violeta,

fugaz llama en las tumbas

y en las ruïnas yedra.

Yo atrueno en el torrente

y silbo en la centella,

y ciego en el relámpago

y rujo en la tormenta.

Yo río en los alcores,

susurro en la alta yerba,

suspiro en la onda pura

y lloro en la hoja seca.

Yo ondulo con los átomos

del humo que se eleva

y al cielo lento sube

en espiral inmensa.

Yo, en los dorados hilos

que los insectos cuelgan

me mezco entre los árboles

en la ardorosa siesta.

Yo corro tras las ninfas

que, en la corriente fresca

del cristalino arroyo,

desnudas juguetean.

Yo, en bosques de corales

que alfombran blancas perlas,

persigo en el océano

las náyades ligeras.

Yo, en las cavernas cóncavas

do el sol nunca penetra,

mezclándome a los gnomos,

contemplo sus riquezas.

Yo busco de los siglos

las ya borradas huellas,

y sé de esos imperios

de que ni el nombre queda.

Yo sigo en raudo vértigo

los mundos que voltean,

y mi pupila abarca

la creación entera.

Yo sé de esas regiones

a do un rumor no llega,

y donde informes astros

de vida un soplo esperan.

Yo soy sobre el abismo

el puente que atraviesa,

yo soy la ignota escala

que el cielo une a la tierra,

Yo soy el invisible

anillo que sujeta

el mundo de la forma

al mundo de la idea.

Yo, en fin, soy ese espíritu,

desconocida esencia,

perfume misterioso

de que es vaso el poeta.

RIMA VII

Del salón en el ángulo oscuro,

de su dueña tal vez olvidada,

silenciosa y cubierta de polvo

veíase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas

como el pájaro duerme en las ramas,

esperando la mano de nieve

que sabe arrancarlas!

¡Ay! pensé; ¡cuántas veces el genio

así duerme en el fondo del alma,

y una voz, como Lázaro, espera

que le diga: «¡Levántate y anda!».

RIMA X

Los invisibles átomos del aire

en derredor palpitan y se inflaman,

el cielo se deshace en rayos de oro,

la tierra se estremece alborozada.

Oigo flotando en olas de armonías,

rumor de besos y batir de alas;

mis párpados se cierran... ¿Qué sucede?

 ¡Es el amor que pasa!

RIMA XI

Yo soy ardiente, yo soy morena,

yo soy el símbolo de la pasión,

de ansia de goces mi alma está llena.

¿A mí me buscas?

-No es a ti, no.

Mi frente es pálida, mis trenzas de oro:

puedo brindarte dichas sin fin,

yo de ternuras guardo un tesoro.

¿A mí me llamas?

-No, no es a ti.

Yo soy un sueño, un imposible,

vano fantasma de niebla y luz;

soy incorpórea, soy intangible:

no puedo amarte.

-¡Oh ven, ven tú!

RIMA XIII

Tu pupila es azul y, cuando ríes,

su claridad süave me recuerda

el trémulo fulgor de la mañana

que en el mar se refleja.

Tu pupila es azul y, cuando lloras,

las transparentes lágrimas en ella

se me figuran gotas de rocío

sobre una vïoleta.

Tu pupila es azul, y si en su fondo

como un punto de luz radia una idea,

me parece en el cielo de la tarde

una perdida estrella.

RIMA XVII

Hoy la tierra y los cielos me sonríen,

hoy llega al fondo de mi alma el sol,

hoy la he visto..la he visto y me ha mirado...

¡Hoy creo en Dios!

RIMA XXI

¿Qué es poesía?, dices, mientras clavas

en mi pupila tu pupila azul,

¡Qué es poesía! ¿Y tú me lo preguntas?

Poesía... eres tú.

RIMA XXIII

Por una mirada, un mundo;

por una sonrisa, un cielo;

por un beso... ¡Yo no sé

qué te diera por un beso!

RIMA XXX

Asomaba a sus ojos una lágrima

y a mi labio una frase de perdón;

habló el orgullo y se enjugó su llanto,

y la frase en mis labios expiró.

Yo voy por un camino; ella, por otro;

pero, al pensar en nuestro mutuo amor,

yo digo aún: ¿Por qué callé aquel día?

Y ella dirá: ¿Por qué no lloré yo?

RIMA XXXI

Nuestra pasión fue un trágico sainete

en cuya absurda fábula

lo cómico y lo grave confundidos

risas y llanto arrancan.

Pero fue lo peor de aquella historia

que al fin de la jornada

a ella tocaron lágrimas y risas

y a mí, sólo las lágrimas.

RIMA XXXV

¡No me admiró tu olvido! Aunque de un día,

me admiró tu cariño mucho más;

porque lo que hay en mí que vale algo,

eso... ni lo pudiste sospechar.

RIMA XXXVIII

Los suspiros son aire y van al aire.

Las lágrimas son agua y van al mar.

Dime, mujer, cuando el amor se olvida,

¿sabes tú adónde va?

RIMA XLI

Tú eras el huracán, y yo la alta

torre que desafía su poder.

¡Tenías que estrellarte o que abatirme...!

¡No pudo ser!

Tú eras el océano; y yo la enhiesta

roca que firme aguarda su vaivén.

¡Tenías que romperte o que arrancarme...!

¡No pudo ser!

Hermosa tú, yo altivo; acostumbrados

uno a arrollar, el otro a no ceder;

la senda estrecha, inevitable el choque...

¡No pudo ser!

 RIMA XLIV

Como en un libro abierto

leo de tus pupilas en el fondo.

¿A qué fingir el labio

risas que se desmienten con los ojos?

¡Llora! No te avergüences

de confesar que me quisiste un poco.

¡Llora! Nadie nos mira.

Ya ves; yo soy un hombre... y también lloro.

RIMA LII

Olas gigantes que os rompéis bramando

en las playas desiertas y remotas,

envuelto entre la sábana de espumas,

¡llevadme con vosotras!

Ráfagas de huracán que arrebatáis

del alto bosque las marchitas hojas,

arrastrado en el ciego torbellino,

¡llevadme con vosotras!

Nube de tempestad que rompe el rayo

y en fuego ornáis las sangrientas orlas,

arrebatado entre la niebla oscura,

¡llevadme con vosotras!.

Llevadme, por piedad, a donde el vértigo

con la razón me arranque la memoria.

¡Por piedad! ¡Tengo miedo de quedarme

con mi dolor a solas!.

RIMA LIII

Volverán las oscuras golondrinas

en tu balcón sus nidos a colgar,

y otra vez con el ala a sus cristales

jugando llamarán.

Pero aquellas que el vuelo refrenaban

tu hermosura y mi dicha a contemplar,

aquellas que aprendieron nuestros nombres

¡esas... no volverán!.

Volverán las tupidas madreselvas

de tu jardín las tapias a escalar,

y otra vez a la tarde aún más hermosas

sus flores se abrirán.

Pero aquellas, cuajadas de rocío

cuyas gotas mirábamos temblar

y caer como lágrimas del día...

¡esas... no volverán!

Volverán del amor en tus oídos

las palabras ardientes a sonar;

tu corazón de su profundo sueño

tal vez despertará.

Pero mudo y absorto y de rodillas

como se adora a Dios ante su altar,

como yo te he querido...; desengáñate,

¡así... no te querrán!

RIMA LVI

 Hoy como ayer, mañana como hoy,

¡y siempre igual!

Un cielo gris, un horizonte eterno

y andar... andar.

Moviéndose a compás, como una estúpida

máquina, el corazón.

La torpe inteligencia del cerebro,

dormida en un rincón.

El alma, que ambiciona un paraíso,

buscándole sin fe,

fatiga sin objeto, ola que rueda

ignorando por qué.

Voz que, incesante, con el mismo tono,

canta el mismo cantar,

gota de agua monótona que cae

y cae, sin cesar.

Así van deslizándose los días,

unos de otros en pos;

hoy lo mismo que ayer...; y todos ellos,

sin gozo ni dolor.

¡Ay, a veces me acuerdo suspirando

del antiguo sufrir!

Amargo es el dolor, ¡pero siquiera

padecer es vivir!

RIMA LVII

Este armazón de huesos y pellejos,

de pasear una cabeza loca

se halla cansado al fin, y no lo extraño,

pues, aunque es la verdad que no soy viejo,

de la parte de vida que me toca

en la vida del mundo, por mi daño

he hecho un uso tal, que juraría

que he condensado un siglo en cada día.

Así, aunque ahora muriera,

no podría decir que no he vivido;

que el sayo, al parecer nuevo por fuera,

conozco que por dentro ha envejecido.

Ha envejecido, sí, ¡pese a mi estrella!

Harto lo dice ya mi afán doliente,

que hay dolor que al pasar, su horrible huella

graba en el corazón, si no en la frente.

RIMA LXIX

Al brillar un relámpago nacemos,

y aún dura su fulgor cuando morimos;

¡tan corto es el vivir!

La Gloria y el Amor tras que corremos

sombras de un sueño son que perseguimos; ¡despertar es morir!

POESÍA INÉDITA

Es un sueño la vida,

pero un sueño febril que dura un punto;

Cuando de él se despierta,

se ve que todo es vanidad y humo...

¡Ojalá fuera un sueño

muy largo y muy profundo,

un sueño que durara hasta la muerte!...

Yo soñaría con mi amor y el tuyo.